

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA : D.^a ANGELA GRASSI.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por la Condesa de Araceli.—*Un suceso misterioso*, por D.^a Angela Grassi.—*La niña y la flor de azahar* (poesía), por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Símbolo y alegoría de las flores*, por D. Vicente Cuenca.—*Variedades*.—*Modas*.—LÁMINAS : *Figurin doble, de Abrigos*, núm. 867.—*Grabado de Labores*, núm. 78.

REVISTA DE MADRID.



L verano ha pasado á mejor vida, Julia, y ya entonan el himno fúnebre sobre su sepulcro los espectros del invierno, envueltos en su blanco sudario, coronados de hojas muertas, y cuyas voces no son otra cosa que los ecos lúgubres del vendabal y los lamentos del cierzo.

El estío ha muerto, viva el invierno; pero no el caduco anciano que recorre con tardo paso los campos desnudos de vejetacion y cubiertos de nieve, dejando marcada su huella, aquí por un alud que se desploma con estrépito de las vertientes de los montes, allá por un rio que se desborda y arrastra entre sus turbias ondas los aperos y la cabaña del pobre; sino el viejo verde que disimula las arrugas con los afeites, que se disfraza con los atavíos de la juventud, y va de salon en salon, promoviendo la risa, excitando la algazara. Éste reanuda los quebrantados lazos, reaviva los afectos, reúne la dispersa familia en torno del hogar, cuyo fuego chisporrotea alegremente, y hace que las artes brillen, que resplandezca la hermosura, y que el oro que esparce el rico para saciarse con nuevos goces, vaya á parar á la hucha del pobre proporcionando el pan necesario á millares de familias.

Todas las cosas de la vida, Julia, tienen dos distintas fases: feliz el que solo las considera por su lado hermoso.

Entre los mil placeres con que nos brinda el invierno, ninguno mas grato, cómodo y exento de compromisos que el que ofrecen en su recinto los teatros.

¡No sabes cuán rápidas vuelan las horas, si se asiste en el del Príncipe á una de esas representaciones en las cuales los versos fluidos y cadenciosos, como una suave melodía, son pronunciados por lábios elocuentes que les prestan nuevo encanto!

Aunque echamos de menos algun actor querido del público, la compañía que actúa en este coliseo ofrece en su totalidad un admirable conjunto. Quizás pocas veces se habrán visto poner en escena obras tan bellas, interpretadas con mas precision y esmero. *Batalla de damas* y *El amor de los amores*, son las que han seguido á la preciosa concepcion de Moreto, *De fuera vendrá*, y te aseguro que en la segunda, Matilde y Catalina me hicieron experimentar gratas y dulces sensaciones, y que de mis ojos brotaron en abundancia esas lágrimas consoladoras, que son un benéfico rocío para el alma contristada. *El amor de los amores*, tal vez no sea una obra de relevante mérito, pero siempre será simpática á los corazones que aman el bien, y que fundan su felicidad en los nobles y puros sentimientos.

En cuanto á la última produccion del Sr. Nuñez de Arce, *Quien debe paga*, los aplausos del público y los plácemes unánimes de la prensa, me dispensan de hacerte su encomio, y en el mismo caso me hallo con respecto á la preciosa balada del Sr. Serra, titulada *Luz y sombra*, y estrenada no há muchos dias en el elegante coliseo de Jovellanos.

Mas dividida anda la opinion con respecto á la comedia *En casa del gaitero...*, arreglo de una célebre produccion francesa; pero como segun un antiguo refran, cuando el rio suena agua lleva, á mí me parece, y te lo digo en confianza, que aunque la obra no esté, por fortuna, en armonía con nuestras costumbres, y abunden en ella tipos inverosímiles y efectos dramáticos forzados, sin embargo, el fondo es altamente moral, la forma encantadora, y el diálogo salpicado de pensamientos bellísimos. Por lo tanto, te aconsejo, que si vienes á Madrid y tienes ocasion de verla, no la desperdicies, pues hallarás en ella útiles consejos.

¿Y qué te diré de la *Ebrea*, puesta en escena en el tea-

tro Real? Yo nunca he visto desplegar tanta magnificencia, hasta en los menores detalles.

En la procesion con que termina el primer acto, el aparato escénico guarda armonía con la grandiosidad del conjunto, y el toque de las campanas, el estampido del cañon, y los perfumes del incienso, producen un efecto maravilloso y sorprendente.

La música, recibida con alguna frialdad por el público en los primeros momentos, irá agradando cada vez mas, á medida que sea mejor comprendida.

Los concertantes son magníficos, y tiene algunas melodías que bien pudieran envidiárselas al maestro francés Halévy, Bellini y Donizetti.

Los cantantes la desempeñaron muy bien, en particular Tamberlik, que merced á sus grandes recursos artísticos, supo hacer simpático el papel odioso del Indio.

De salones nada puedo decirte: nuestras aristocráticas damas descansan aun de sus escursiones veraniegas, y la maga que preside á sus fiestas, todavia no ha dado la señal con su varita encantadora.

Y ahora pasemos de lo sério á lo frívolo; la vida está llena de contrastes: de la sonrisa brotan lágrimas, y de las lágrimas la risa.

Prepárase en silencio una singular batalla, que dejará atrás la famosa y descomunal batalla de D. Quijote con los batanes, ó la no menos célebre suya con los pellejos, solo que afortunadamente en esta, ni siquiera correrá el vino, para teñir de rojo el campamento. Se trata de las moñas. Hé aquí el formidable dilema: el sombrero va tomando cada dia mayores proporciones, la moña continúa siendo cada vez mas voluminosa, y la cabeza de una mujer, por mas que se quieran sacar las cosas de su quicio, no puede asemejarse

á un globo aereostático. ¿Qué hará la Reina de la Moda? ¿Qué harán sus humildes sacerdotisas en tan duro trance?

Algunos, recordando el cisma que se movió hace seis meses con respecto al miriñaque, opinan que es inevitable el rompimiento de las hostilidades. Entonces, haciendo el mas ridículo de los contrastes, unas señoras aparecieron en forma de alcuza, y las otras en forma de campana. Tras de una lucha reñida, se firmó por fin la paz entre las contendientes, y el miriñaque se salvó de la proscripcion, perdiendo, sin embargo, mucho de su majestad primitiva. Quizás suceda lo mismo ahora con respecto á la moña. Lo hace presumir así el ver que en París mientras la generalidad de las señoras lleva en la cabeza un verdadero monte de cocas, trenzas, bucles y rizos, todo postizo se entiende, algunas, las mas atrevidas, ostentan su cabello natural, colocado con una sencillez admirable. ¿Por cuál de los dos partidos beligerantes se decidirá la victoria? Quiera Dios que venzan las segundas, pues lo natural y lo sencillo, hágase lo que se haga, será siempre lo mas elegante y lo mas bello.

Ya iba á cerrar mi carta, sin acordarme de tu encargo. Dice otro antiguo refran, que el buen paño en el arca se vende. Si quieres trajecitos de género inmejorable y de gusto esquisito para tus niños, diríjete sin vacilar á la tienda de la *Elegancia*, calle de Toledo, núm. 46. El dueño de esta acreditada casa, única en su clase, no ha querido abandonar el centro en que habita, porque sabe que de todos los ámbitos de Madrid acuden allí las madres de familia, para hallar elegancia y baratura. Tiene un variado y rico surtido de envolturas y trajes para niños de todas edades, y lo que no hallarás sin duda en ninguna otra parte, trajes bellos y caprichosos para nodrizas y niñeras.

LA CONDESA DE ARACELI.

INSTRUCCION.

UN SUCESO MISTERIOSO.

Lo que voy á contar no es una historia ficticia, sino un hecho cierto y positivo.

Recuerdo que era una noche de otoño. Elvira y yo estábamos asomadas á una ojiva ventana, del que habia sido en otro tiempo Castillo, terror de la Media luna, y que conservaba aun esta denominacion pomposa.

A nuestros piés se estendía la bella comarca del Vallés, una de las mas fértiles de Cataluña, y el pueblecillo de Llisá, del cual solo distinguíamos el alto campanario.

La tarde habia sido tempestuosa; pero á todo el estrépito formado por la lluvia, los relámpagos y los truenos, habia sucedido una calma lúgubre y sombría.

Negros nubarrones cruzaban rápidamente por el cielo, y las últimas ráfagas de viento doblaban al pasar las ramas de los árboles, produciendo un murmullo doloroso.

En la aldea aúllaban los perros, en la torre de la iglesia dejaban oír sus lamentos las aves de la noche.

De repente Elvira prorumpió en sollozos, y escondió el rostro entre sus manos.

—Ay! ay! murmuró con voz apagada, cuán triste es el mundo: cuán triste la existencia! Tormentas en el cielo! tormentas en el alma!

Por la tarde habia estado muy alegre, con una alegría bulliciosa y casi estemporánea. Aquella repentina esplosion de un dolor amargo y profundo, me sobrecojió sobre manera.

—Perdona, repuso estrechándome convulsivamente la mano, sin querer, he dejado escapar el secreto de mis penas. ¡No soy feliz aquí, no soy feliz!

—No eres feliz! exclamé con verdadero asombro, no eres feliz y tienes un padre venerable, esposo amante, hijos bellos: en una palabra, séres á quienes amar, deberes que cumplir.

—Sí; interrumpió Elvira con amargura, un padre siempre triste y taciturno, que sin tener motivo alguno, parece

devorado por una secreta pesadumbre; un esposo que solo piensa en contar sus cabezas de ganado, los estadales de trigo que han de llenar sus trojes, las flores blancas que le prometen una abundante cosecha de aceituna; hijos que no pueden comprenderme y no piensan mas que en sus juguetes! Prosa, todo prosa, fastidiosa é insoportable! Yo tengo talento, instruccion, toco bien el arpa, manejo con destreza los pinceles, dicen que soy hermosa, ¡cuántos elementos para brillar en los salones! Y qué placer embriagarse con los aplausos de una multitud entusiasta! qué placer asistir á las espléndidas fiestas del mundo para ser uno de sus ídolos favoritos!

Yo muero aquí: me falta aire para respirar, espacio en qué ajitarme.... Mi madre murió á los veinte años del mismo mal que yo muero!...

Ella tambien habia nacido para brillar en otra esfera, para saturarse de otros goces!

Cuando me casé, mi padre me entregó la cajita de sus joyas, y en ella encontré una carta suya, escrita con lágrimas. La infeliz se lamentaba como yo de su existencia monótona y uniforme, encerrada en un estrecho círculo de hierro. Mi único placer es bajar al panteon, y leerla junto á la lápida funeraria que cubre sus cenizas.

Al oirla hablar así, acudieron á mi mente mil estrañas suposiciones, que habia oido formular acerca de la prematura muerte de su madre; pero nada dije.

Elvira repuso con creciente exaltacion:

—Te repito que no puedo vivir de este modo: la copa se ha llenado hasta los bordes!... necesito revestir de alguna poesía mi vida, ó buscar la calma en el sepulcro.

Sus mejillas estaban encendidas, sus ojos despedian sinistros resplandores: me dió miedo.

Entonces una rápida idea cruzó por mi imaginacion.

—Ven, sígueme! la dije.

—Adónde?

—Al pueblo.

—Estás loca! La noche ha cerrado completamente, y el camino estará lleno de lodo.

La así de la mano y la arrastré conmigo.

En efecto, la oscuridad era densa, y los copudos árboles dibujaban por todas partes prolongadas y miedosas sombras, ínterin nuestros piés resbalaban sobre la yerba mojada, y se hundian en los charcales.

Llegamos al pueblo, entré en una de sus primeras casas, y me dirigí á una anchurosa estancia, en cuyo fondo se veia un lecho, medio oculto entre cortinas de damasco. De aquel lecho salian ayes lastimeros y quejumbrosas palabras pronunciadas en voz baja.

Junto á un velador, en el otro extremo del aposento, velaban dos mujeres: la una hacia calceta y daba sendas cabezadas; la otra leia con sumo interés las páginas de una novela.

—Se queja la enferma! dije á esta última.

La mujer dejó el libro sobre el velador, y me respondió encojiéndose de hombros.

—Se está siempre quejando, y ya no la hacemos caso! Como que su mas grave enfermedad consiste en que se ha vuelto vieja, y no puede disimular con los cosméticos y la pintura sus arrugas y sus canas. Ya la vió Vd. durante el

viaje que hicimos juntas para venir de Barcelona aquí, se estaba quejando, y no hacia mas que consultar un espejito que nunca la abandona.

—Resto de una antigua costumbre, me apresuré á decir, porque aquellas palabras malévolas podian destruir el efecto de la leccion que iba á buscar allí para mi Elvira. Por lo demas, repuse, bien oia Vd. cuán amargamente se lamentaba de haber malgastado su vida en fútiles placeres, que solo dejan en pos de sí remordimientos, y harto sabe Vd. que su estado es muy grave, y que está desahuciada por los médicos.

La enferma, al oir mi voz, se habia incorporado en el lecho; pero aunque me acerqué á ella y la cogí de la mano; no debió reconocermé, porque fijó en mí sus ojos vidriosos con espresion estúpida.

La fatiga del viaje habia aumentado su mal; tenia fiebre, deliraba...

—¡Mundo! mundo! empezó á decir en voz baja, y con una volubilidad indecible; ¡cuán caros haces pagar tus goces; cuán amargos son los frutos que producen esas flores con que nos engalanas y embriagas! ¡Unas cuántas sonrisas fugitivas, unos cuántos aplausos engañosos, y luego nada, nada, nada!

Yo sabia que esta era su idea fija, su tema favorito, y me guardé bien de interrumpirla.

La anciana repuso, contando con los dedos.

—Un año, dos, tres, ¡cuánto duró mi reinado? No, mi verdadero reinado duró cinco años; pero fué porque lo prolongué yendo á París y á Lóndres... Despues empezaron las luchas llenas de dolor y goces, segun abatia ó me abatian mis rivales. Mas tarde todo fueron dolores, pero aun podia guardar las apariencias... ¡Me contentaba con las apariencias, conquistadas por medio de las lágrimas, el oro, las humillaciones! Mas tarde aun, nada... ¡Soledad moral y material: soledad absoluta!... Sin amor, sin familia, ¡nada!... ¡Mofa y desprecio en el mundo, criados mercenarios alrededor de mi lecho y recogiendo mi último suspiro! ¡Oh, si pudiese volver á los dias hermosos de mi juventud, en que me apoyaba en el brazo honrado de un marido; en que no oia el ruido tumultuoso de los aplausos, pero sí palabras de consideracion y afecto! ¡Oh, si pudiese ver todavía, en un ricon de mi aposento aquella cunita blanca y perfumada, en donde dormia un ángel de cabellos rubios como el oro, de ojos azules como el cielo, de sonrisa alegre como un rayo de sol de primavera! Y luego aquel pequeño ángel habrá ido creciendo, creciendo, y ahora podria apoyarme en él, ahora que mi paso es tarde, y mi vista turbia!... Y volveria á ver en un ricon de mi aposento la blanca y perfumada cunita, y durmiendo en ella otro ángel de rubios cabellos, dos veces hijo mio, reproduccion hermosa de mi vida. Su voz infantil me consolaria mientras me encaminaba al sepulcro, satisfecha del mundo, satisfecha de mí misma! Esta felicidad tranquila no me pareció felicidad; esta vida apacible me pareció despojada de poesía!... ¡Entonces ignoraba que la verdadera poesía no se halla en los objetos exteriores, que se halla dentro de nosotros mismos, y que á nosotros toca cultivarla por medio de la resignacion y del amor, para que esparza sus divinos rayos, iluminando cuanto nos rodea!... Quise saborear goces des-

conocidos y abracé el vacío... quise entrar en una esfera de luz, y me perdí en las tinieblas... pensé recorrer una senda de rosas, y encontré una senda de espinas... ¡Insensata! ¿es acaso la dicha completa patrimonio de este mundo?

La infeliz se mesó los cabellos con desesperación y prorumpió en sollozos.

Luego fijó en mí sus ojos estraviados, y repuso:

—Estoy en Llisá, Rojer; ¿por qué he venido á Llisá, cuando los médicos solo me concedían dos días de vida? ¿Lo sabes tú? ¡No, no lo sabes! He venido á besar la lápida de mi sepultura, porque yo estoy muerta; ¡hace más de veinte años que estoy muerta!... ¿Te acuerdas? *El*, para salvar de la deshonra el nombre de su hija, aparentó haber recibido la noticia de mi muerte, y mandó construir un magnífico sepulcro, y mandó que me hicieran unas espléndidas exequias, y mandó que todos vistiesen luto... *El* se vistió de luto, vistió de luto á mi hija!... ¡Ah! ¡ah! ¿Te acuerdas cómo me reí al recibir su carta, en que me contaba todas estas extravagancias? Me reí y fuí al baile... pero, tú no lo sabes, tú no lo supiste nunca; ¡mi corazón brotaba sangre!...

Al oír aquella estraña confesión, Elvira, que estaba aterrada y suspensa, se abalanzó hácia la enferma.

—¡Señora, señora! exclamó sin tener en cuenta el extravío de sus ideas; ¿cómo se llamaba ese esposo, cómo se llamaba esa hija?

La enferma dió un grito, y cayó desmayada sobre el lecho.

Acudimos todos en su socorro, pero Elvira, loca, fuera de sí, solo buscaba en torno una huella, una señal que aclarase sus sospechas.

¡La halló: Dios quiso que la hallase!

Del cuello de la enferma pendía un medallón, y en el medallón se ocultaban dos retratos y dos rizos de cabello, negro el uno, rubio el otro...

—¡Madre! ¡madre mía! exclamó cayendo de rodillas, anegada en llanto.

Cuando la anciana volvió en sí, se halló entre los brazos de su esposo, de su hija, de sus nietos... ¡Ah! sin duda Dios la había perdonado, teniendo en cuenta su prolongado martirio, supuesto que de un modo tan casual la había hecho volver á entrar en el seno de su familia...

La emoción apresuró su agonía; pero murió feliz y radiante de esperanza, porque moría perdonada y bendecida...

Nadie supo en el pueblo el misterioso suceso.

Algunos años después volví á Llisá, y hallé que Elvira había engruesado, se había embellecido, y llenaba con júbilo su sagrado ministerio de madre, esposa é hija.

—*Ella* tenía razón, me dijo sonriendo y estrechándome la mano; la verdadera poesía no se halla en los objetos exteriores, se halla dentro de nosotros mismos, y á nosotros toca cultivarla, por medio de la resignación y del amor, para que esparza sus divinos rayos iluminando cuanto nos rodea!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

LA NIÑA Y LA FLOR DE AZAHAR.

APÓLOGO.

—De dónde vienes? la niña
Preguntó á la blanca flor.

—Vengo en alas de tu amor
De muy lejana campiña.
Tu dicha vengo á sellar,
Tu sér uniendo á otro sér,
Y al paso de tu deber
Ejemplo te vengo á dar.

—Te trajo mi amor?

—Sin él

Nunca á tu lado viniera,
Que soy de amor mensajera
Y del tuyo emblema fiel.

—Puro es mi amor!

—Como yo.

—Dios le creó!

—Como á mí.

—Va á gozar la dicha!

—Sí.

—Que será eterna....

—Eso no.

Nada eterno puede ser,
Y en el mundo en que vivimos,
Todos á inmolar nacimos
Nuestra ventura al deber.
Yo flor, de tu amor emblema,
Gocé los bienes mayores
Que Dios otorga á las flores
Con su voluntad suprema.

Me daba el aura su arrullo,
Los pájaros su armonía,
Y hasta á besar descendía
El céfiro mi capullo;
Y orgullosa me miraba,
Y satisfecha en mi anhelo,
Cual santa oración al cielo
Mi perfume se elevaba!

—Por qué el sitio abandonar
Donde eras tan venturosa?

—Fué á buscarme aquel, que esposa
En breve te va á llamar.
Cortóme para ofrecerte
La nupcial diadema en mí,
Y sacrificar debí
La suerte mía á tu suerte.
Mi vida inmolo á los dos
Y muero por tí sin pena,
Que al que labra dicha agenda
La suya le guarda Dios.

—Ven, pues, y del amor mio
Emblema y corona sé:
Fuerzas en mí encontraré
No vale tu ejemplo fío.

—Sí, procura con tu amor
Tu abnegacion hermanar,
Que eso, niña, es levantar
El espíritu al Señor;
Y esposa que en su conciencia
Halla union de tal valer,
A su esencia de mujer
Une del ángel la esencia.

Desde hoy sereis uno en dos:
Sacrificate sin pena,
Que al que labra dicha agena
La suya le guarda Dios.

Calló la flor, que la hermosa
En su frente colocó,
Y en su mirada brilló
Revelacion misteriosa;
Y es que cuando del mortal
El alma, del bien va en pos,
Baja un destello de Dios
A su frente virginal!

JOAQUINA G. BALMASEDA.

SÍMBOLO Y ALEGORIA DE LAS FLORES (1).

III.

Antes de terminar, es forzoso decir una palabra de los calendarios florales, de que ya hemos hablado.

Una clasificacion completa de las plantas y de las flores, llamadas segun ciertos santos, ó recordando las fiestas de la Iglesia ofreceria un gran interés, pues serviria, no solo para conservar el recuerdo de muchas tradiciones curiosas, que se borran con la mayor rapidez, sino tambien para llamar-nos la atencion sobre ciertas ideas graciosas y encantadoras que los siglos pasados habian fijado en las flores mas comunes de los campos y jardines.

Algo en este género se ha intentado en un folleto titulado *Flores Ecclesiae*, el que, siguiendo dia por dia el calendario romano, atribuye una flor particular al santo inscrito en cada uno de los dias del año.

Muchas de ellas tienen apreciaciones muy juiciosas, pero la gran mayoría están escogidas de un modo arbitrario, y no vemos la razon para asociar Santiago el Menor al aciano encarnado, San Mammut al *asfodel* del Lancashire, ó San Willibrodd á la flor del tigre de Méjico.

Si el color solo es la regla, nos será permitido escojer nuestras flores segun nuestros gustos. Y esto no es posible.

Nosotros no debemos tener en esta materia otro guia que la tradicion; y en la mayor parte de los casos, el compilator

de las *Flores Ecclesiae* parece haber seguido una tradicion particular que le es propia.

En el hermoso volúmen titulado *The church's floral calendar* (calendario floral de la Iglesia), encontramos igualmente el mismo defecto. ¿Por qué escojer entonces ciertas flores mas bien que otras del mismo color y de la misma floracion, para caracterizar el santo cuya fiesta designan?

Sin embargo, aquí á lo menos, aunque se encuentra arbitrariamente hecha la eleccion, se ve compensada por la belleza de las estampas de la Edad media que adornan cada página, y por los hermosos versos que Miss Cayler ha tomado á los poetas antiguos y modernos á guisa de comentarios en este asunto.

Verdaderamente, todo libro de este género es un hallazgo, con tal que presente un amor cierto por las flores de los campos; las flores son por sí mismas sus mejores intérpretes; no hay una que no pueda predicar su sermón y defender su causa.

Todas, pues, son lecciones vivas en que se lee la voluntad sagrada de Dios. La margarita nos enseña la humildad; la manzanilla la paciencia; la rosa el odio al vicio; la madre selva, la fidelidad en nuestras afecciones; la ajedrea, la esperanza en medio de los reveses.

La rosa es el emblema de la Virgen, lo mismo que el lirio, al que se asocia la rosa de Saron, como hemos dicho en nuestro artículo anterior. Sin embargo, es dudoso no solo que la palabra *rosa* sea la traduccion exacta del término original, sino que la rosa mencionada se encuentre de modo alguno en un libro sagrado. El laurel-rosa y el rhododendo son sin duda alguna las plantas de que aquí se trata, lo mismo que en muchos pasajes en que la traduccion inglesa emplea la palabra *rosa*; y la rosa de Saron, es, segun todas las probabilidades, el gran narciso amarillo sencillo, flor comun en Palestina y que ha sido muy apreciada en Oriente. «Que el que posea dos panes, ha dicho Mahoma, venda uno por algunas flores de narciso; porque el pan es el alimento del cuerpo, pero el narciso es el alimento del alma.»

Por venerado que haya sido el narciso, que formaba en la antigüedad la corona de flores de las grandes diosas, no es posible, sin embargo, reconocerlo por rival de la rosa, y mucho menos en un país que ha escogido la rosa por su emblema. La *rosa de Inglaterra* no puede menos de invocar un origen anterior á la de las famosas guerras entre la *rosa encarnada* y *rosa blanca*. Pero siglos antes, en los jardines del templo, esta flor se veia asociada á una de las mas antiguas denominaciones de la Gran Bretaña.

Plinio el viejo, al discutir la etimología de la palabra Albion, supone que puede muy bien llamarse de este modo á causa de las rosas blancas, *ob rosas ALBAS* que tanto abundan. Téngase ó no por cierta esta etimología, se encuentra gran placer al pensar que las rosas de los campos ingleses descienden en línea recta de las rosas blancas (*rosas albas*) de que habla el enciclopedista romano.

El portal septentrional de la catedral de Upsal está cubierto de rosas esculpidas, que Sheffer, el historiador de esta ciudad, creia se habian puesto allí para conmemora-

[1] Véase los núms. 707 y 740.

cion del paso de los primeros Apóstoles del cristianismo al Norte de Inglaterra.

La rosa siempre ha sido un emblema eclesiástico, y desde el tiempo del paganismo era una flor mística en la Germania y Scandinavia. El abside de la catedral de Hildesheim está casi enteramente oculta por un escaramujo, cuyas raíces están en la cripta. La tradición, dice, que había una en este mismo sitio, antes que Carlo Magno pusiera los fundamentos de la iglesia, que fueron echados hace mas de diez siglos. La rosa estaba bajo la proteccion particular de los enanos y sylfos, los que estaban gobernados, como dice *Heldenbuch*, por su poderoso rey Laurin, señor del jardin de las rosas.

«Cuatro portales conducen al jardin, y cuando están cerradas las puertas, ningun sér viviente puede tocar una rosa, desobedeciendo las órdenes rigurosas del señor; el que rompa las puertas de oro ó toque al hilo de seda, ó intente pisotear las flores, dejará en castigo de su orgullo, una mano ó un pié en aquel sitio. Así es como Laurin, rey de los enanos, gobierna sus Estados.»

Pero es menester confesar, que la rosa nacida de la sangre de Adonis, era la flor de Vénus antes que el rey enano hubiera plantado su jardin misterioso. En la época cristiana se le ha buscado otro origen; y lord Lindsay cita la leyenda como un ejemplo de la superioridad infinita del simbolismo cristiano de la naturaleza muda sobre la del antiguo mundo. En otro tiempo, una santa vírgen de Bethleem, falsamente acusada y calumniada, fué condenada á perecer por el fuego; en este punto, dice Mandeville, dirigió sus oraciones al Señor, suplicándole viniera en su ayuda, visto que no era culpable de la falta que se le atribuía. Apagóse el fuego de repente; los troncos que ardian volviéronse rosales encarnados, y los que no ardian blancos, cubiertos de flores. Eran los primeros que se habían visto. Desde esta época, la rosa ha llegado á ser la flor de los mártires. Santa Dorotea, mártir, envió una canasta de rosas del jardin del Paraiso al notario Teófilo, y las rosas, dice la leyenda, nacieron en la llanura de Roncevaux, en la que Rolando y los Doce Pares habian enrojecido el suelo con su sangre. La rosa, tanto la blanca como la encarnada, aparece en épocas muy remotas como emblema de la Vírgen; como tal fué conocida de Santo Domingo cuando instituyó la práctica devota del rosario con alusion directa á la vida de Santa María.

Las oraciones parecen haber sido simbolizadas bajo la forma de rosa. Cuéntase una historia de un siervo que, portador de muchos objetos pertenecientes á su señor, tenia que atravesar un bosque en que le esperaban ladrones. Al entrar en él se acordó que aquel día no habia dicho el *Ave-María*, y al arrodillarse para decirla, apareciósele la Vírgen, y le colocó una guirnalda en la cabeza; á cada Ave añadia una rosa, que se volvieron tan brillantes, que se iluminó todo el bosque. El buen hombre no advirtió nada; pero sí los ladrones, dejándole pasar sin daño alguno.

La Vírgen, como ya hemos dicho, sucedió á Freyja en el Calendario de las flores del Norte. Los dos dioses blancos del Valhalla, Bulder y Heimdallr, que el uno y el otro representan el sol, y cuyo epíteto particular tenia conexion con el brillo deslumbrador del astro, fueron reemplazados

por San Juan Bautista, cuya fiesta en el solsticio del estío ha conservado en toda Europa tanta semejanza con el culto del sol. Este santo es el mismo que se llama *San Juan el Blanco* en algunos calendarios alemanes y galos. Las flores de grandes discos en forma de sol, blancas ó amarillas de oro, estaban consagradas á Bulder como al dios sol: y de este modo el *hypericum* ha llegado á ser patrimonio del mismo San Juan, y como la *fuga doemonum*, tenia la virtud de rechazar las obras de las tinieblas.

Una especie de yerba de San Juan (*hypericum quadrangulare ó perforatum*), tiene las hojas atravesadas de pequeños agujeros; éstos pasan por ser obra del diablo, que los habia hecho con una aguja; es Bulder atravesado por Loke con el muérdago. Está tan marcada su raiz de manchas rojas, que se llama aun *sangre de Bulder* en algunas partes de Noruega: pero en general se llama sangre de San Juan. La creencia popular pretende hasta que estas manchas aparecen invariablemente el dia de su deguello (29 de Agosto.) El antiguo nombre dado en el Norte á la grande margarita, era *pestaña de Bulder*; ésta, como muchas otras especies de cysantemas, blancas ó amarillas, han sido consagradas á San Juan. Los atributos de este Santo se dividen algunas veces con el Evangelista: y las flores amarillas de oro de los *soles*, nombre que se daba en otro tiempo á las cysantemas (la planta que se llama de este modo hoy ha sido importada del Perú), se ven algunas veces introducidas en las imágenes de este último Santo, donde producen un hermoso efecto. Así, en los cristales del siglo XII, que forman una ventana en el abside de San Remigio en Reims, la Vírgen y San Juan se hallan á ambos lados de la cruz, ceñida la cabeza de una aureola, teniendo soles en un círculo exterior. Las flores están vueltas hácia el Salvador, que está en la cruz como hácia su sol verdadero. La caléndula, una de las flores de la Vírgen, es un *cysantema*.

San Juan tiene tambien participacion en las flores de la luz y del sol. Thor, el dios porta-martillo, que combatió con los gigantes de las escarchas, fué reemplazado por San Olaf, San Jorge ó San Miguel, que todos combatieron con los mónstruos y dragones; y algunas veces por San Cristóbal, cuya estatua era gigantesca, como la de Thor. Nuestro helecho real (*osmunda regalis*), la yerba de Cristóbal de Gerard, se puede tomar como la antigua que pertenecia al dios del Norte. Quien no haya visto este helecho, el mas bello de todos, en el país de Cornouailles, á las orillas del torrente del Dartmoor, ó en los confines de Grasmere ó de Killarney, no puede formarse ni una idea aproximada de su hermosura y gallardía.

La digital pertenece á Oberon. No es muy fácil explicarse la eleccion que este génio hizo del romero *ellegrin*, *elves-green* de Dinamarca, y el *alecrim* de España, donde este nombre parece ser una corrupcion de la palabra del Norte, introducida por los godos conquistadores. Pero las virtudes del romero eran en otro tiempo miradas como muy grandes. Servíase en los casamientos, dorado, como las hojas de la encina en la fiesta del Rey Carlos; y se le suspendia en el pórtico y dinteles de las puertas para que trajera la dicha á la casa. Apartaba á los ladrones; y aun tenia un don mas precioso, pues podia rejuvenecer á los ancianos.

«Una vez, dice Galieno, en el que debemos reconocer al sábio médico, una reina anciana gotosa y encorvada, no pensaba mas que en el baile, del que ya no podia disfrutar. Tomó seis libras de romero y las machacó en un mortero, despues mezcló este residuo con agua, en la que se bañó tres veces por dia, teniendo cuidado de frotarse en seguida la cabeza con bálsamo de Dios. Su vieja carne se disolvió, y la dichosa Princesa tornóse tan jóven, tierna y fresca, que se puso en busca de un marido.» En la actualidad, tal al menos es nuestro parecer, las Sílides han retirado al romero esta virtud.

VICENTE CUENCA.

VARIETADES.

La mas humilde de las plantas.

En 1749, en Montdidier, pequeño pueblo de Francia, existia un boticario muy sábio, pero muy avaro. Jamás su alma se habia enternecido al ver los sufrimientos de sus hermanos, ni habia tendido al pobre una limosna.

En una noche lóbrega de invierno, mientras leia á la luz casi apagada de su lámpara, oyó llamar á la puerta. Era un jovencillo que iba á pedir una medicina para su madre, único remedio que podia arrancarla de los linderos del sepulcro. Pero la medicina era muy cara, y el infeliz no tenia dinero. El boticario cerró la puerta. Pasados algunos minutos volvieron á llamar.

—Nada poseo en el mundo, dijo presentándose otra vez el mismo jovencillo, pero poseo mi vida. Sé leer y escribir. Dadme esa medicina salvadora, y me obligo á servir de balde interin vuestro interés lo exija.

El pacto fué aceptado: la moribunda se salvó.

Seis años pasó el buen hijo, consumiendo su juventud y su vida en el laboratorio del avaro; pero cuando á éste le plugo devolverle su libertad, salió de allí convertido á su vez en sábio, y pudo contemplar sin terror el porvenir de su madre.

Antonio Parmentier, que así se llamaba el jóven, fué á París, en donde consiguió que le destinasen á un regimiento, próximo á partir para la guerra de Alemania, en calidad de ayudante farmacéutico.

Al cabo de algun tiempo volvió á Francia preocupado con un gran proyecto. Habia tenido ocasion de ver en casa de un famoso médico aleman, llamado Meyer, un extraño tubérculo que carecia completamente de hermosura, pero en el cual estaba encerrado el pan del pobre.

Parmentier habia sido pobre, y queria librar de las garras del hambre á sus hermanos.

Debíase el nutritivo alimento á una planta cuyã raiz era fibrosa y llena de bulbos, los tallos de uno á dos piés de largo, triangulares, lampiños, cubiertos de nudos y de ramas: las hojas grandes, compuestas de otras arrugadas y llenas de pelillos: la flor, pequeña y blanca, y el fruto redondo, carnoso y amarillento.

Ahora bien, el bulbo de esta raiz, que á su tosca apariencia reunia el tener un nombre de los mas prosáicos, es el que Parmentier queria sustituir al rubio trigo, y como se vé, su empresa rayaba casi en lo imposible.

A cuantos hablaba de su protegida, la humildísima patata, los veia sonreir con desden encogiéndose de hombros.

¡Saber que el pan del pobre estaba entre sus manos y no poder repartirlo á los necesitados! Imposible es espresar con palabras las luchas que sostuvo, las amarguras que sufrió durante muchos años, sin que desistiera de su benévolo propósito.

Pasó el tiempo, y fué nombrado farmacéutico del Hotel-Dieu; pero aunque allí pudo dedicarse al cultivo de su planta predilecta, no logró hacer comprender á nadie sus útiles atributos.

Quiso Dios entonces, que á veces envia al mal para que enjendre un bien, quiso Dios que hubiese en Francia una horrible carestía, y que el pan subiese á un precio fabuloso.

Parmentier obtuvo una audiencia de Luis XVI, y es inútil decir que el magnánimo monarca y el buen patricio se comprendieron al momento.

Concedióle Luis la vasta llanura de Sablons, y sabiendo que el fruto prohibido es el mas codiciado, para asegurar el éxito de la nueva planta, puso en derredor del plantío muchos centinelas, con órden de hacer una guardia muy severa durante el dia; pero solo aparente de noche.

La estratajema surtió muy buen efecto, por cuanto muchos agricultores fueron durante la noche á cometer su hurto, y la patata se cultivó en todas partes.

No se contentó el buen Rey con esto: en su mesa se inauguró el futuro pan del pobre, y todos los grandes señores le imitaron; puso en el ojal de su casaca la humilde florecita blanca, y las damas de la corte adornaron con ella sus cabellos.

La patata acababa de conquistar su nacionalidad en Francia, desde donde debia estenderse á los demás países.

Dios recompensó de este modo al buen hijo, al piadoso niño que sacrificó su juventud por salvar la vida de su madre.

El nombre de Antonio Parmentier está inscrito entre el de los bienhechores de la humanidad. Montdidier se envaneece de contarle entre sus hijos, y la Francia reconocida, le elevó un monumento, llamándole el *Padre de los pobres*.



LABORES.

Un modelo mas de *tejido* en lana, ejecutado con aguja de *crochet*, va hoy á enriquecer la coleccion que van reuniendo nuestras lectoras, y que procuraremos aumentar con cuantas novedades inventen el gusto y arte modernos.

El modelo á que nos referimos, y ocupa el número 1, se hace con estambre de dos colores, azul y blanco, por ejemplo, del modo siguiente:

Con estambre azul se ejecuta una cadeneta del ancho que se quiere dar á la tira, porque esta labor, como todas las de su género, se hace en vueltas atravesadas, que forman tira, y con ellas resultan alfombras, portieres, edredones, etc.

1.^a *Vuelta*.—Se pasa la aguja en el segundo punto de la cadeneta, á contar desde la aguja, y se saca un punto que se conserva en la aguja; se saca otro por los dos que la aguja tiene, y despues se repite lo mismo en todos los puntos de la cadeneta.

2.^a Se vuelve la labor del otro lado, y se pasa la aguja por la parte posterior del primer punto, repitiendo lo mismo que en la vuelta anterior, con la sola diferencia de tomar los puntos por la hebra de atrás. Esta vuelta se hace con estambre blanco, y alternando de color cada una, se repiten estas dos vueltas siempre hasta terminar la labor, que como observarán nuestras lectoras, no puede ser de ejecucion mas sencilla y aplicacion mas útil.

El modelo núm. 2 es un dibujo para *cañamazo* ó *crochet* cuadrado, tambien en forma de tira. Bordada ésta en cañamazo, puede servir para intercalarla con otras de terciopelo y formar portieres, almohadones y sillones para los lados de la chimenea, colocando la tira bordada entre otras dos, y rematando el sillón con borlas y fleco. Para este objeto, la tira debe ser bordada á *punto del diablo*, con estambre de Berlin.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin doble de Abrigos, núm. 867.

FIG. 1.^a *Vestido* de poplin liso, color gris malva.

VIENÉS. *Paletot* largo y ceñido con manga perdida, de terciopelo azul con piel greba alrededor: botones y ojales de raso por delante y en todo el largo de la manga. Cinturon del mismo terciopelo.

Sombrero de terciopelo azul con ala y bridas de raso blanco: follaje de terciopelo.

FIG. 2.^a *Vestido* de grós París, color Bismark, adornado de cintas de terciopelo y fleco negro.

EMPERATRIZ. *Paletot* holgado, prolongándose en larga punta los costadillos, que figuran partir abiertos en medio de la espalda. Este abrigo, hecho en terciopelo negro, va bordado de seda y guarnecido de cinta labrada con trama de plata, y flecos y borlas de seda negra: manga entrecacha con vuelta.

Sombrero redondo, de terciopelo negro con pluma y lazos encarnados, y bridas de encaje negro.

FIG. 3.^a *Traje* de baile de raso blanco con bieses grana y ramo de terciopelo.

SULTANA. Salida de baile de cachemir blanco, bordada de seda y oro, y con bieses grana alrededor. Su forma es cuadrilonga como la del chal puesto por la cabeza.

FIG. 4.^a *Vestido* de seda, color de pensamiento, de falda lisa, y con gran cola.

MANCHESTER. *Abrigo* holgado de seda negro con esclavina de pico, en la que va montado el abrigo á grandes tablas: ancho encaje negro le adorna al canto, y cintas labradas encima, partiendo dos de las escarapelas que adornan los hombros, á unirse por la espalda con otras dos escarapelas.

Sombrero de terciopelo imperial, guarnecido de encaje con bridas de raso y follaje de terciopelo y oro.

FIG. 5.^a *Vestido* de paño de damas, color marrón, de doble falda, ambas cortas y la de encima terminada por fleco de seda y cinta, que sube en tres tiras por la costura del costado.

BRABANTE. *Paletot* holgado y recto, figurando la espalda montar sobre el delantero, y hecho en tela igual á las faldas, y adornado como la superior de cintas y flecos alrededor. Manga justa.

Sombrero de grós-grain blanco guarnecido de encaje y con bridas blancas.

FIG. 6.^a *Vestido* de terciopelo verde para niña de 12 años, con otra falda debajo con tableado al canto de cachemir verde. La de terciopelo, que deja ver el adorno de la otra, lleva guarnicion de greba con cinta de plata encima, formando dibujo.

PETESBURGO. *Paletot*, tronzado en el talle, de terciopelo verde, orillado de piel como la falda, y con trenza en las costuras, que rematan en la espalda en tres grandes caidas. Manga justa.

Sombrero redondo de castor, adornado de greba y con lazadas de terciopelo verde por delante.

ADVERTENCIA.

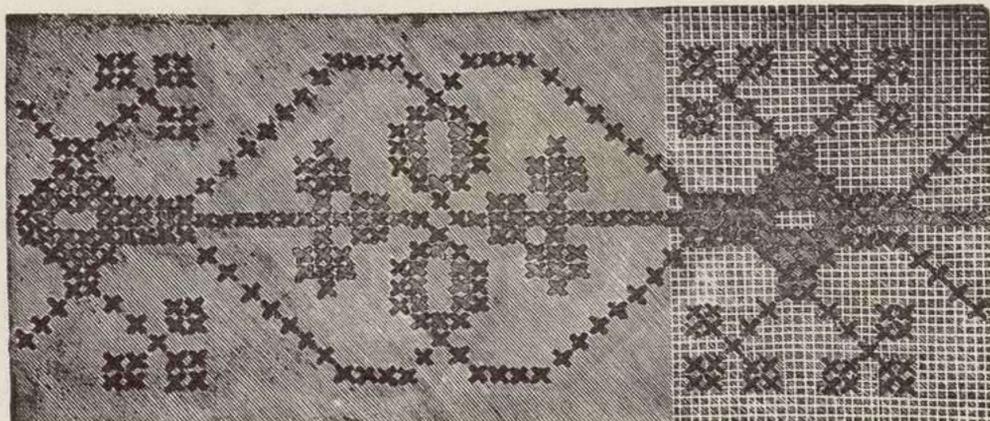
Los señores suscritores nos dispensarán la falta del figurin, cuya explicacion acompaña, por no haberse recibido de Paris, el que se remitirá en cuanto llegue.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

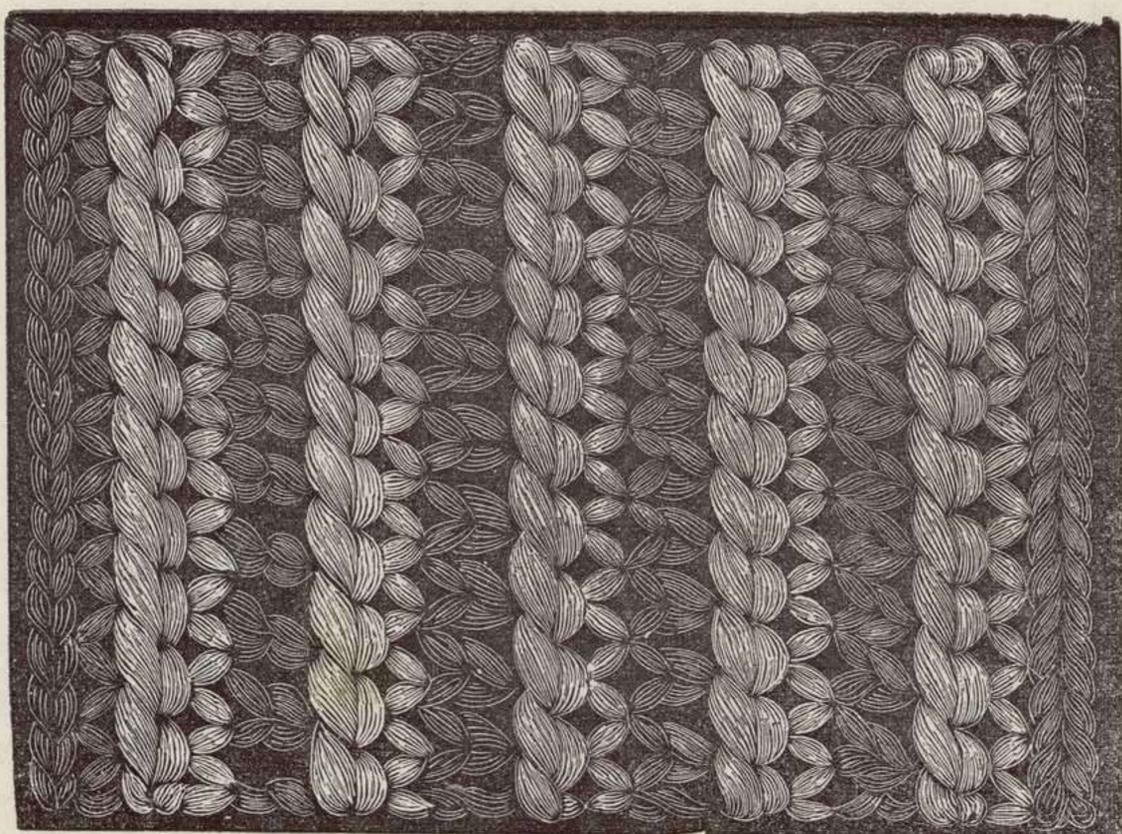
MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.

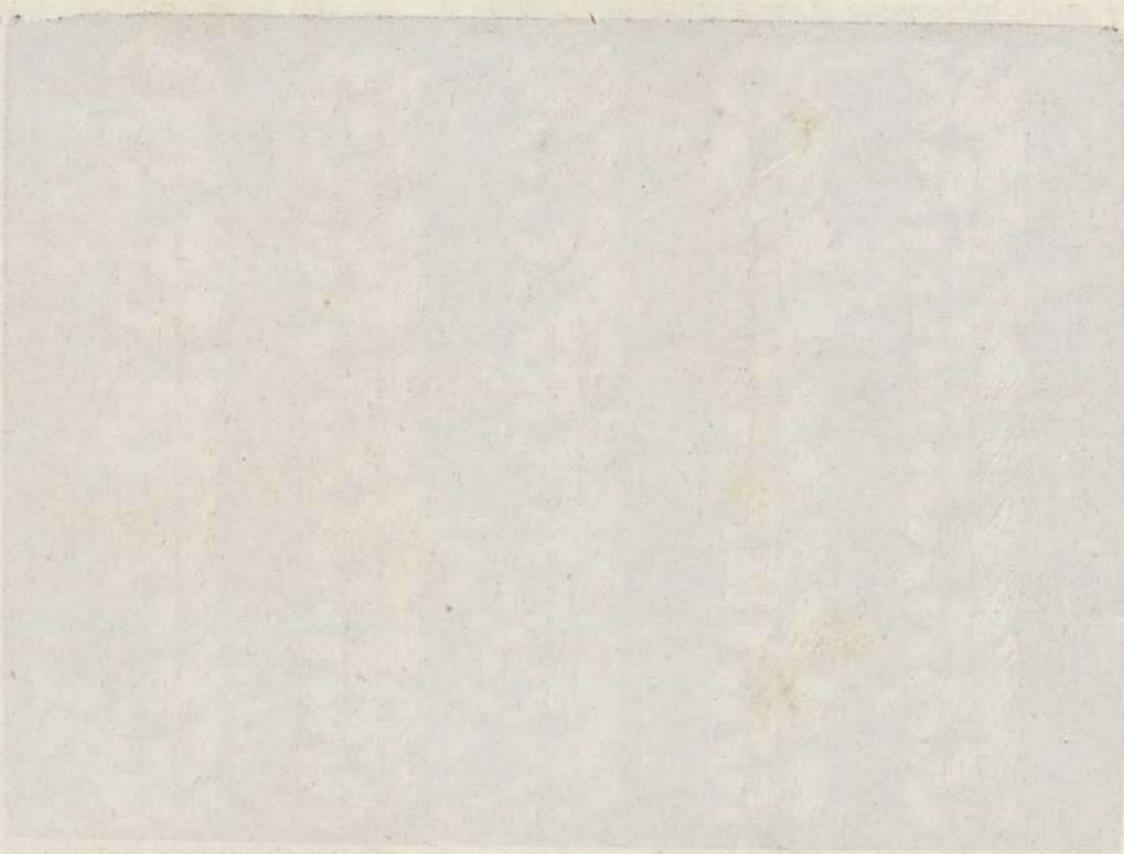
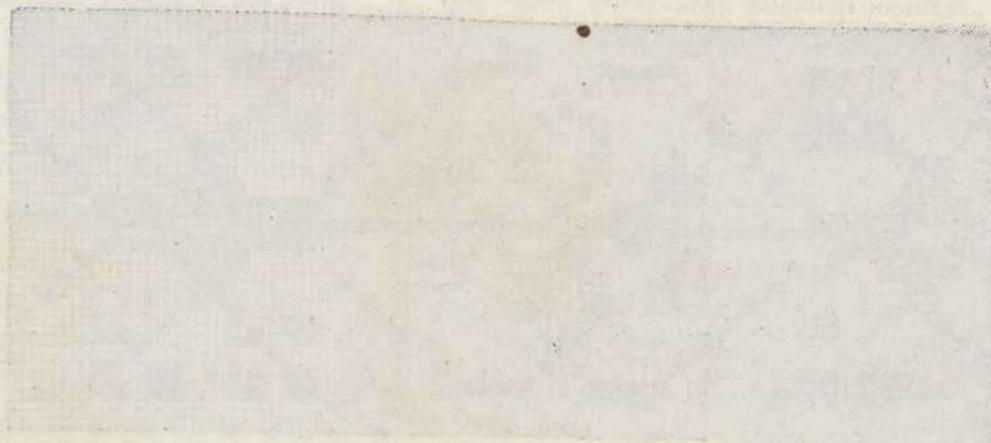
1



2



LABORALES





Viennois

Impératrice

Sultan

Manchester

Brabant

Petersbourg

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92

Étoffes des Ab. de Rouv. au Cardinal Fesch, r. N. S. Augustin, 45. Dentelles de Violar d freres, Rue de Choiseul, 3.
 Lingerie de Brémont à la Couronne Impériale, r. N. des P. Champs, 76. Rubans et Passementerie à la Ville de Lyon Ch. d'Antin, 6.
 Fleurs de Perrot Petit et C. r. N. S. Augustin, 20. Corsets de M. Bruzeaux, Ft. Poissonnière, 4.

Leurs jupes noir E. Creusy Baudelot et Roche, P. r. Montmartre, 133. 1 Rayons de Violet par de S. M. l'Impératrice, r. S. Denis, 317.

Entered at Stationers' Hall.

LONDON, E. Wotton, 22, Tavistock Street Covent Garden, W. C.

MADRID El Correo de la Moda, P. J. de la Pena

CORREO DE LA MODA

